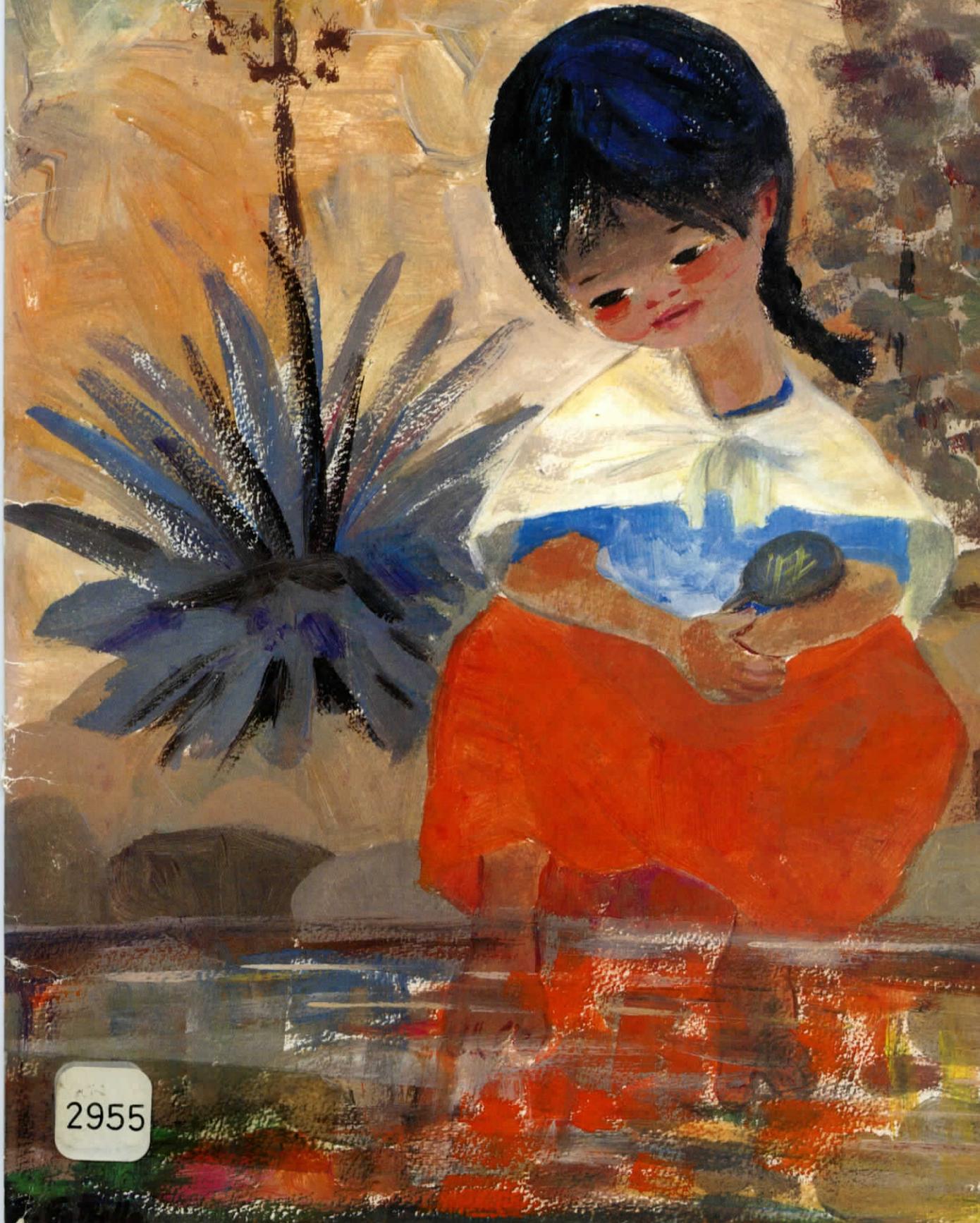


TERESA CRESPO DE SALVADOR

Ana de los Ríos



2955

A CUENCA,
que acunó mis mejores sueños.

A Los Niños del Azuay,
que cuentan estrellas
y mojan sus pies en las aguas de sus cuatro ríos.

Con los ojos y el corazón
húmedos de nostalgia.

Teresa

Ingreso 2955

TERESA CRESPO DE SALVADOR

Ana de los Ríos



SALVAT

Textos: Teresa Crespo de Salvador
Ilustraciones: Eudoxia Estrella de Larrazábal

La M.I. Municipalidad de Cuenca,
el Consejo Provincial del Azuay y
el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP)
patrocinaron la edición de este obra.

© Salvat Editores Ecuatoriana S.A., 1.986

Impreso en Ecuador por
Imprenta Mariscal
Almagro 1245, Quito, 1.986

La niña tenía su refugio en la mitad de la corriente. Desde la orilla, ella sabía el camino: saltaba de una a otra piedra y en tres o cuatro brincos ya estaba en su «nido», una piedra inmensa que la ocultaba de la ribera. Al otro lado del río no había nadie: unos pocos sauces que remojaban su melena en la espuma, un llano cercado de grandes pencos azules, a veces una o dos cabezas de ganado que entraban al potrero botando la tranquera.

¡Allí era donde ella se sentía a gusto! Sola en medio de la corriente que llenaba de música sus oídos, lejos de todo y todos, recobraba su alma líquida y se dejaba ir en sus ondas hacia paisajes y ensueños siempre diferentes. Pasaba largos momentos de soledad. A veces, cuando el sol abrigaba, sumergía sus pies en el río y entonces tenía más clara la sensación de irse, de viajar a otros mundos; la piedra caliente por el sol y el rumor del agua la iban adormilando, produciéndole ensoñaciones.

Ana era hija de un leñatero de Sayausí, tenía doce años y era hermosa como una flor silvestre, delgada, de ojos negros como el capulí, piel morena y pelo lacio que le hacía parecer una potrilla salvaje.

Vivía en una casita pobre, entre el camino sinuoso que subía a las alturas del Cajas y el río que corría abajo por detrás de su casa; entre ésta y el río, un pequeño sembrío de maíz, rodeado de retamas, y unas pocas coles y cebollas bordeadas de achiras que alegraban la vista con sus antorchas de fuego vegetal.

* * *

Eran ella y su taita. No recordaba a su mama, pero él le había contado que fue hermosa y buena y que murió al nacer la niña.

Su taita era todo para ella: con sus anchos hombros, sus manos fuertes de dedos toscos, sus pies macizos que a cada paso parecía que iban a echar raíces, daba a la chica una sensación de seguridad que le bastaba. Y cuando miraba sus ojos, descubría en ellos una humedad de ternura que le hacía feliz.

Siempre estaban juntos. En la mañana, acomodando las tullpas para su agua de raspadura, él soplaba fuerte entre los carbones de la noche anterior y nacía la llama como creada por sus labios. Si trabajaba en el pequeño maizal, primero iba echando los granos tras de la yunta que él guiaba hundiendo el arado en la tierra que se abría fragante a la reja; después, desherbaba las pequeñas plantitas y las cuidaba hasta que crecieran; luego, se perdía entre las palmas altas del maíz con sus penachos de plumas vegetales y jugaba con él a las escondidas. O armaba el espantapájaros, que quedaba crucificado a los cuatro vientos, asustando a los chugos y chirotes que llegaban en bandadas a “lograr” los choclos tiernos, que reían con su blanca dentadura entre las frescas hojas.

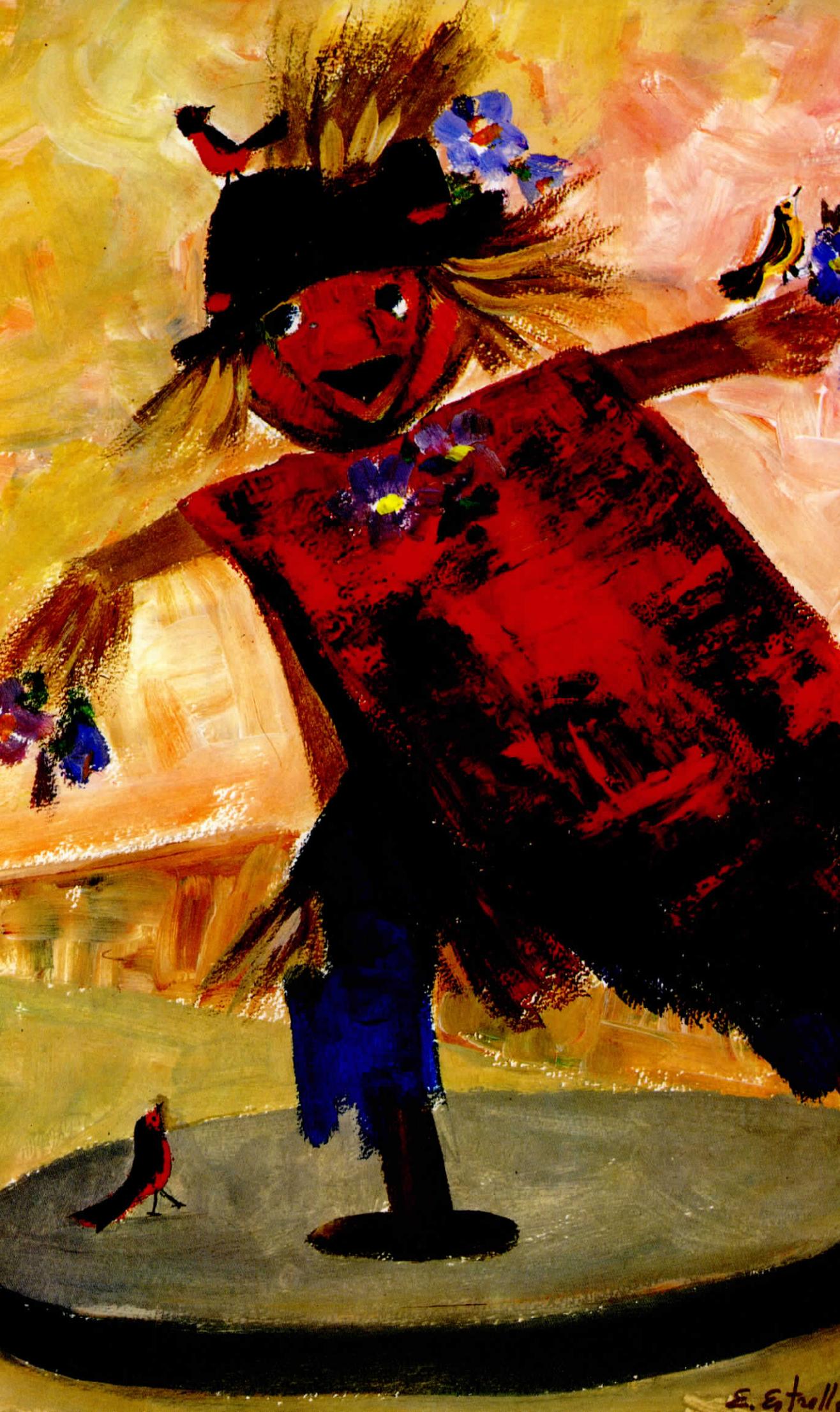
Para Ana aquello era una fiesta. Su taitico escogía las varas que, cruzadas y amarradas con una soguilla, formaban el armazón. Luego, con paja, ataba lo que serían brazos y piernas. Pero era la niña la que construía la cabeza del muñeco con una calabaza de zapallo que separaba entre las más lindas, ni muy grande ni muy chica. Incrustaba en ella dos pepas de zambo como ojos, dos plumillas de sísig como cejas, un ají bien colorado para la boca y, en la cabeza, pelo de choclo y el sombrerito del

Eran ella y su taita. No recordaba a su mama, pero él le había contado que fue hermosa y buena y que murió al nacer la niña.

Su taita era todo para ella: con sus anchos hombros, sus manos fuertes de dedos toscos, sus pies macizos que a cada paso parecía que iban a echar raíces, daba a la chica una sensación de seguridad que le bastaba. Y cuando miraba sus ojos, descubría en ellos una humedad de ternura que le hacía feliz.

Siempre estaban juntos. En la mañana, acomodando las tullpas para su agua de raspadura, él soplaba fuerte entre los carbones de la noche anterior y nacía la llama como creada por sus labios. Si trabajaba en el pequeño maizal, primero iba echando los granos tras de la yunta que él guiaba hundiendo el arado en la tierra que se abría fragante a la reja; después, desherbaba las pequeñas plantitas y las cuidaba hasta que crecieran; luego, se perdía entre las palmas altas del maíz con sus penachos de plumas vegetales y jugaba con él a las escondidas. O armaba el espantapájaros, que quedaba crucificado a los cuatro vientos, asustando a los chugos y chirotes que llegaban en bandadas a “lograr” los choclos tiernos, que reían con su blanca dentadura entre las frescas hojas.

Para Ana aquello era una fiesta. Su taitico escogía las varas que, cruzadas y amarradas con una soguilla, formaban el armazón. Luego, con paja, ataba lo que serían brazos y piernas. Pero era la niña la que construía la cabeza del muñeco con una calabaza de zapallo que separaba entre las más lindas, ni muy grande ni muy chica. Incrustaba en ella dos pepas de zambo como ojos, dos plumillas de sígsig como cejas, un ají bien colorado para la boca y, en la cabeza, pelo de choclo y el sombrerito del



año, que el taita había desechado; le hacía reír con amplia risa brillante incrustándole piedrecitas blancas del marmolillo que arrastraba el río; otras veces le ponía bigotes de musgo, u orejas y nariz de penco blanco. Su taita era hábil, no se contentaba con que el muñeco sacudiera su poncho viejo a la brisa, también le dejaba libre al viento, haciéndole parar en el hueco de una piedra de molino echada en el suelo, esa piedra que encontró un día en una de sus correrías por la marmolería abandonada de Putushí. Entonces, el espantapájaros giraba con las aspas del poncho y era un ser vivo.

Para Anita era un amigo que llegaba de visita traído por el viento de las cosechas. Era ese compañero que buscan los niños en un ave, un animalito, u otro chico. Por eso le llamaba “Juan”, “Juancho”, y como a un amigo le trataba. Le gustaba cuidar que no se desmejorara en la temporada que compartía. Renovaba el ají de su boca, veía que su pelo y sus cejas estuvieran siempre frescos. Y con ternura de niña bordaba su poncho, ralo ralo, introducía en su tosca urdimbre florecillas silvestres, retamas amarillas, nomeolvides azules, la flor morada de los papales, o la casi dorada del nabo y, en el sombrero, una gran pluma de sígsig y una flor roja de achira. Así, su “Juancho” giraba al viento como un cristo florecido —«¡Parecido al del camino de Sayausí!»—, espantaba los pájaros voraces, pero atraía los quindes, las mariposas y abejas que volaban vibrando alrededor, y le hacían música para sus danzas; porque Ana, agarrada a la punta del poncho, giraba, giraba hasta que, mareada, caía sobre la hierba; luego hablaba con él, le contaba cosas. Sabía que sólo volvería al año siguiente, era un cariño nostálgico, como un “amor de verano”.

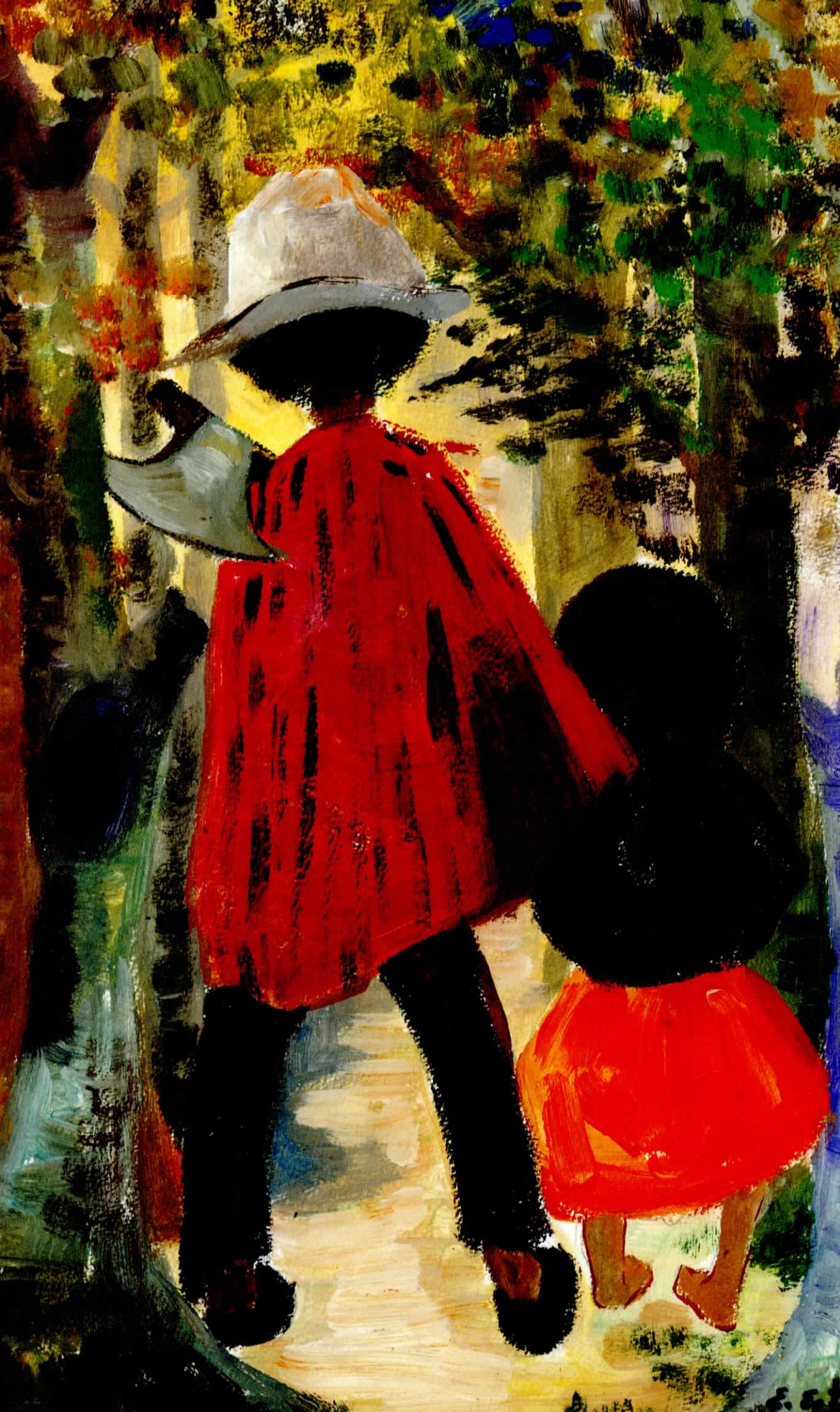
* * *

Pero la más grande ilusión de Anita era subir con el taita hacia el monte. Muy temprano, antes de que el sol saliera, enderezaban por los chaquiñanes solitarios, subían y subían. Ya en las alturas, veían salir el sol sobre las lagunas del Cajas y la soledad. Ella miraba mucho el agua; por el camino luminoso de los reflejos se hundía en las profundidades, imaginaba cosas, mundos.

No le gustaba ver caer los árboles que su padre cortaba, sentía el desgajarse de las ramas, las heridas de los troncos. Ella prefería vagar por los alrededores. Conocía los orígenes de los ríos porque había seguido las pequeñas corrientes que desembocaban en las lagunas, esas diminutas acequias de agua que ella recorría descalza sobre las piedrecillas del fondo, en largos trechos.

Un día descubrió, entre bloques inmensos de piedras cubiertas de musgo rojo como la sangre, un pequeño riachuelo que cantaba con voz fresca entre florecillas silvestres. Llamó a su taita y él le contó que ése era el río Tomebamba; ella se rió porque abajo, en su casa, ése sí era el Tomebamba: un río bravío, torrentoso, que a veces le daba miedo; pero éste era apenas un arroyito limpiísimo y cantarín, heladito y juguetón.

Otro día fueron al bosque de Mihuir, que ella creyó que era de sueño: pegado a una pared de rocas altísima, en cuya cima volaban los cóndores, había algo de maravilla: eran unos árboles vestidos con flecaduras de oro viejo, las hojas de terciopelo verde grisáceo, y estaban tendidos en el suelo, como gigantes en descanso: de *quínoa*, les decían. Oyó rumor de agua, y una corriente purísima empezó a caminar delante de ella llevándole por parajes desconocidos: grutas, puentes de árboles vivos con



sus ramajes y nidos, piedras gigantes de variadas formas geométricas vestidas de musgos y líquenes extraños, y el sol, filtrándose entre las hojas, dorándolo todo.

Ana oyó el eco del hacha y sintió en su cuerpo la herida. Su corazón se partía a cada nuevo golpe: no, no debía su taita tumbar esos árboles que parecían de milagro. Al correr hacia el ruido del hacha la pequeña corriente de agua le seguía: —«Taitico, ¡no cortes estos árboles tan lindos; ve qué bellos son, toca sus vestidos de seda, no los cortes, no los cortes!»

El hombre la vio tan trastornada que dejó el hacha a un lado y, sin fijarse que se caía en el lecho del arroyo, se puso a consolar a su hija. Cuando buscó su herramienta no la encontró; no se imaginó que descansaba fresca en el fondo del riachuelo, y no pudo cortar más árboles ese día. El agua había ayudado a Ana.

Otras veces, cruzando el río Llulluchas por un puentecito de madera entechado de hojalata que cantaba en los días de lluvia, trepaban por la montaña bordeando el agua, pasaban un puente más sobre la corriente fuerte y sonora, entre piedras inmensas, del río Mazán, y allí estaba ya el bosque, un bosque grande y umbrío, algo aterrador en su sombría inmensidad. Allí su taita no usaba el hacha, nada más quebraba el chaparro bajo con el machete, imposible meterse con un árbol de guabisay, de tronco gruesísimo y duro, o los de marar, o zarar, enmarañados por redes de bejucos, “salvajes” y huicundos. Ana no se alejaba ni un paso de su taita, tenía miedo de perderse porque el bosque era cerrado. El sol no podía llegar al suelo, el agua corría en hilos por

todos lados y el piso era como un colchón de musgo y ramillas. A veces se encontraban con hombres que aserraban los árboles con aparatos que producían un ruido que serruchaba el alma de Ana; entonces se tapaba los oídos y jalaba a su padre lejos: —«No, taitico. Esos árboles no deben ser tumbados. ¿A dónde irán los pajaritos que viven en ellos y los animalitos? ¿Qué se harán los huevitos en los nidos? ¡No quiero, vamos, vamos!» Y la chica se ponía tan desesperada que el taita le alejaba rápido de allí. Bajaban hasta el río y la niña se metía en el agua y se estaba quietecita para no espantar a las truchas que nadaban en la corriente y le hacían cosquillas en los pies.

Toda esa agua bajaba del bosque, los diferentes ríos nacían de esa humedad, y Ana, en su corazón, sabía que los árboles eran la vida de sus ríos, de los animalitos salvajes: decían que había venados, ositos, conejos, raposas, pájaros y mariposas.

* * *

La chica estaba creciendo y en el corazón del padre, que bajaba a la ciudad a vender sus mulas de leña, se fue haciendo una luz fuerte y dolorosa, como un puñal que se le clavara. Ana tenía que salir a Cuenca, tenía que aprender esas letras que a él se le atragantaban, tenía que calzarse esos zapatos que le taconeaban en el corazón cuando alguna chola donosa le miraba tentadora. No quería que su hijita viviera remontada como una cabra salvaje. Quería que luciera esos centros, esos bolsicones bordados, esas polcas brillantes con vuelos como de nubes, esos zarcillos que cantaban en sus orejas como campanillas locas al pasar junto a una cholita togada. Ese sombrerito de toquilla blanca y fina, de copa alta, tenía que ser para la Anita, tan linda.

No quería verla más con sus pies morenos curtidos por las piedras y el barro, ni con sus polleras de lana tosca. Soñaba con un paño de Gualaceo para los quince años de su hija. Soñaba, soñaba...

Y llevaba a su casita del cerro cosas que tentaran a la chica, para que se animara a dejar ese mundo: un espejo, unos zarcillos, una gargantilla de mullos. El espejo fascinó a la niña: era grande y descubrió su imagen de medio cuerpo y se sintió acompañada: tejía y destejía ante él sus negras trenzas, enredaba en ellas flores, se reía, se ponía seria, estaba como hechizada por esa preciosa niña que asomaba en él. Reflejadas en su superficie brillante, todas las cosas adquirían nueva belleza: unas piedrecillas, una planta, una flor dejaban de ser simplemente eso y cobraban una magia, un relieve... El mundo se le comenzó a agrandar por el espejo, en él hallaba perspectivas profundas como de lago. A veces lo sacaba al campo con ella y reflejaba el cielo; podía andar en las copas de los árboles, en las nubes, sosteniéndolo horizontal al nivel de su cintura; y en las noches, andaba en el vacío, saltando de estrella en estrella hasta llegar a ese otro espejo grande de la Luna.

* * *

El día de Santa Ana, su patrona, el taita le llevó un regalo diferente. Había oído «¡El Mercurio!, ¡El Mercurio!», voceado por un chiquillo en el Parque Calderón, frente a la Catedral, y quiso saber cómo era el diario de Cuenca. Se quedó embobado hojeándolo, sentado en el bordillo de las verjas del Parque: vio retratos de señores y señoras hermosas, letras grandes y negras, letritas pequeñas, letras metidas entre rejas, otras volando, sentadas, paradas, chumadas, reclinadas, letras, letras, letras.

Y en la cabeza se le clavó un pensamiento: «La Ana tiene que aprender a leer, quiero que sepa lo que cuentan aquí. Le voy a llevar “El Mercurio” para que se tiente de aprender, de venir a ver la ciudad de Cuenca.»

En eso pasó otra vez el voceador y gritó: «¡Hoy, día de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, lea el programa de las fiestas, lea, lea!»

Llevó el periódico a la chica en la tarde, cuando acabó de vender su leña, y al entregarle le dijo: —«Ahora ha sido día de Santa Ana de los Ríos de Cuenca. Eso dice aquí. Vos te llamas Ana y por eso te regalo este “Mercurio”.»

«¡Ana de los Ríos! ¡Ana de los Ríos!», se repitió la niña, primero en silencio y, luego, se puso a cantar: «Ana, Ana de los Ríos.» Corrió con el periódico al borde del agua y gritó: «Ana de los Ríos, del Rumor, de la Espuma, Ana de los pies descalzos en las piedrecillas del fondo, Ana del cuerpo desnudo en el agua que corre. Yo soy Ana de los Ríos, los Arroyos, los Lagos, las Gotas que se juntan y comienzan a bajar de las alturas. Yo sí soy Ana de los Ríos.» Y como en un nuevo bautizo entró al río y el agua le fue recibiendo en su seno frío y brillante y la cubrió poco a poco: los tobillos, los muslos, la cintura, los hombros. «Soy Ana de los Ríos», gritó la niña y hundió su cabeza, su pelo negro quedó flotando un instante sobre el agua, luego emergió empapada con sus vestidos pegados al cuerpo, a que el sol le secara tendida sobre la hierba. “El Mercurio” bogaba río abajo como una balsa mensajera de sueños imposibles, luego se fueron hundiendo una a una sus hojas mojadas y ya no se le vio más.



Pero en el corazón de Ana habían prendido la curiosidad, la ilusión, la esperanza, y fueron creciendo como una enredadera: ¡qué hermoso saber lo que decían esos signos, esas patitas negras, esas alitas, esas arañitas pequeñas! ¡Qué lindo aprender a leer, conocer el secreto de ese desfile de letras, saber qué decía al pie de esas figuras de hombres y mujeres! ¡Descubrir quién era esa Santa Ana de los Ríos de Cuenca a quien festejaban! Saber por qué la Señora aparecía trepada en la punta de esa iglesia grande y por qué le decían “de los Ríos”, si ella estaba parada en seco, tan arriba. Más bien debían decirle “de las Nubes”, porque las nubes volaban sobre ella.

La Ana de los Ríos era ella, sólo ella: Anita, la niña morena que los conocía piedra a piedra, que reconocía su canto desde lejos, que sabía por su rumor si eran arroyitos alegres, o furiosos torbellinos. Ella que había subido a las alturas del Cajas a mirar la ronda de lagunas, de donde empezaban a bajar como hilos, acequias cantarinas, corrientes, arroyos, riachuelos.

¡Ella, que en el bosque de Mihuir descubrió los secretos del agua que brota de las piedras inmensas! ¡Ella, que para dormirse tiene el canto del Tomebamba en la noche estrellada y a la que despierta el río llamándola con sus aguas!

* * *

Cuando su taitico le propuso bajar a Cuenca el próximo jueves, Ana sintió una emoción distinta: antes, Cuenca no le hacía ni frío ni calor; ahora, Cuenca le produjo un hormigueo en el estómago, un susto en el corazón y al mismo tiempo una ilusión, unas cushillas.

Pero quería estar segura: —«Taitico, ¿en Cuenca hay ríos?» —«¡Claro pes, mi hijita, no sólo uno, hay cuatro ríos. Y por más señas tu madrina, la Eloísa, vive a la orillita del más grande, este mismo Tomebamba que pasa como aquí, abajito de su panadería.»

Bueno, entonces iría. Lavó su otra pollerita amarilla y su polca blanca. Se bañó, tejió con esmero sus trenzas y, madrugadito, antes de que aclarara la mañana, fueron bajando por el carretero con su taita, que había cargado las mulas con leña gruesa para llevarle como “agradito” a su comadre, para el horno grande.

Por el camino, bordeado de dos acequias hondas, donde corría el agua entre berros y hierbabuena, orilladas de sauces llorones e interrumpidas por puentecitos de troncos, tranqueras y puertas entechadas, bajaba la gente a la feria. Montaban algunos chazos en caballitos de campo, ligeros y ariscos. Sus mujeres, casi siempre a pie, apuraban acabando de tejer el sombrerito de la semana, sobre su pasito entre danza y carrera que les hacía parecer ángeles volanderos, con sus polleras bordadas, una sobre la otra; su centro de color oscuro: verde, azul; su paño, llevado en distintas formas que indicaban: “solterita y disponible”, “comprometida”, “casada”, “encinta”, o “viuda”, sobre la polca con encajes. Y en la cabeza, sobre sus trenzas peinadas como al descuido, que le llegaban hasta la cintura, el sombrerito coquetón de copa alta y ala corta, y los grandes zarcillos. Los ojos pícaros e inquietos, las caras bien lavadas, bajaban con el marido, o bien con las amigas. Al carretero salían por los senderos también los de San Joaquín. Ellas, con sus canastas de cargar a las espaldas, rebosando coles, lechugas, zanahorias, remolachas, cebollas..., y sobre todo ello grandes brazadas de flores: claveles, gladiolos, azucenas, margaritas,

ilusiones. Y a la mano, cuando no tejían, en un canastito pequeño, los huevitos del campo: —«De gallito, no de viento, niña», o el balde de leche recién ordeñada.

Ana iba trepada sobre el poncho doblado de su padre, encima de la mula de leña. ¡Qué fiesta para la chica ver el camino amarillo de cascajo, dorándose por los primeros rayos de sol, bordado de flores con las polleras de las cholitas; oír las risas, los comentarios, los saludos de los conocidos de su taita: —«¿Cómo estás pes, Taita Pacho? ¡Por fin se animó a sacar a la guagua, linda ha sido pes, velay!» Y el taita, orgulloso de su Ana, como una reina en su trono, arriba de la mula. —«Ya ha estado maltoncita la guambrita, ñañañay las trenzas, ñañañay los ojos, boquita de frutilla madura», dijo el compadre Morocho cuando con su recua de mulas cargadas de raspadura, chocolate y naranjas, salió de un chaquiñán que acertaba el camino. Venía de la costa, de tierras de Naranjal.

* * *

Ana veía por un lado, por otro. Estaba mareada de la gente. Cuando iban entrando a la ciudad por el Otorongo, que le hizo temblar, ya dejando atrás los llanos grandes de “la Pampa del Toral”, y desde el Corazón de Jesús se empezaron a ver las primeras casitas bajas, el camino se partió en dos: en la mitad, una pequeña casa de dos pisos, con un balcón y una tienda. El taita paró para comprarle alfeñiques y delicados, y él se pidió una pinta de trago fuerte de caña, que le hizo toser.

La calle de la derecha ya no era de tierra: estaba empedrada con unas piedras igualitas, pegaditas: —«¡Cuántas piedras!», pensó la chica. «¿Serán

del río? Pero tantas, tantas, y así, cuadradas, ¡Qué linda calle, limpia, ancha! Y las casas, ya de dos pisos, con balcones, barandas de madera, portones grandes, corredores, zaguanes, empedrados, ¡y con huesitos!» —«¿Sacarán a los muertos?», preguntó al taita, y él riendo le dijo: —«¡No, traen del camal! Son de animal, no de cristianos, m'hija.» —«¿Camal? No conozco ese animal tan grande y con huesitos tan chiquitos», pensó la niña, pero no dijo más para que el taita no se riera de ella.

Llegaron a San Sebastián. ¡Qué linda iglesia con su cruz grande metida bajo de un techo y con barandas; su campanario —que empezó a cantar como para festejar a la chica—, el parque lleno de flores y árboles, las casas algunas con portales! Tomaron a la derecha y, de ahí sí, siempre por calles llenas de gente, con tiendas de todo, a la Plaza de San Francisco. El taita no quiso que la chica le viera. Se hubiera querido quedar mirando tantas cosas: los rimeros de polleras colgadas en las puertas, las perchas de polcas y los paños dobladitos y, en las vitrinas de las joyerías, los zarcillos, las gargantillas, los zapatitos de tacón en las zapaterías, y tanta golosina en las alacenas de los dulces. —«Mejor que ni veya.» Y pasaron de largo delante de una iglesia chiquita y blanca, delante de la cual vendían flores. —«¡Qué belleza!», dijo la chica. «¡Qué mundo de flores, taitico! ¿Cómo se llamarán ésas, y esas otras?» Por ver las flores casi no se da cuenta que en la otra orilla de la calle empezaba a levantarse una iglesia inmensa, inmensa, de paredes rosadas. Ana alzaba la cabeza y no acababa de ver, por la altura. Y esas vidrieras largas de colores, y esa otra como enorme flor sobre la puerta. Y seguía viendo por arriba, y arriba, las nubes, el cielo azul. Y cuando llegaron a la esquina, el Parque. —«¡Qué grande, qué bello, con sus casas más elegantes, sus amplios portales y sus ocho árboles enormes en la mitad, rodeando a ese joven



caído con la bandera!» Y alcanzó de refilón a ver a Santa Ana con su hijita al lado, parada en lo más alto de la iglesia: —«¡Santa Ana de las Nubes de Cuenca!», casi le gritó a su taita. —«¡Para, taitico, para!» Mas el hombre quería llegar pronto donde su comadre para que le ayudara a responder a la chica tanta pregunta que le iba haciendo. Torcieron a la derecha, luego a la izquierda. —«¡Ya estamos en la Calle Larga! ¿Ya se huele a pan?» Y de pronto, Ana oyó algo, un rumor amigo: era el río, el río que su taita le había ofrecido. En la escalinata, ya la chica no se aguantó más: —«¡Taitico, déjame ver el río, bájame, bájame, no seas malito!» Y corrió escaleras abajo. Llegó al puente y desde la baranda vio su río. Pero qué río, ancho, hermoso, bordeado de sauces y con llanitos pequeños a los lados. Las mujeres lavaban montones de ropa y la iban tendiendo en la hierba: colores y más colores, como un jardín; y las casas, casas altísimas colgadas sobre el río con balcones y azoteas, con vidrieras de colores, con macetas, sobre las huertas de reinaclaudias, duraznos, toctes, palmeras y pinos. El sol de las diez de la mañana doraba todo, y Ana se quedó deslumbrada: —«¡Mi río, mi río Tomebamba! ¡Qué grande, qué bello!» Parecía más grande así, rodeado de huertas y casas, adornado de lavanderas. Subió casi cantando las infinitas gradas: —«¡Taitico, qué hermosura el río, y Cuenca, y Santa Ana y los pinos y los vidrios de colores, y todo, todo!» El taita sintió alegría y pena. Había sido muy fácil que la chica se dejara conquistar; pero así le dolería menos la ausencia, porque él venía con la intención de dejar a la Anita donde su comadre, «a que aprenda a ser gente, a que le enseñen las letras, a que la madrina le haga mujercita», pues él no podía darle eso que dan las mujeres, que da la mama. —«¡Ya era hora!»

* * *

Llegaron a la casita de la Eloísa y desde lejos les salió a recibir el aroma del pan recién horneado. La niña, tímida y arisca, no se animaba a desprenderse del todo de su taita, pero la madrina con su modo mimoso, su ir y venir hacendoso entre vuelos de polleras y delantal almidonado, la compró desde el principio regalándole, en un plato de fierro enlozado con flores, las “costras” dulcesitas y migajosas, el “tuguián” con su corazón de queso, la “paspá”, el “mestizo”, calentitos. Ana probó de todos y se los pasó a su padre.

—«Espérate, Anita. Ya mismo viene el Antonio y ahí sí vas a gozar conociendo el barrio.» Quería quedarse a solas con su compadre para poder hablar libremente.

Al poco rato llegó el Toño: era un longo chico de unos nueve años, vivaracho, lindo; del pantalón de casinete le colgaba el caucho de la pallca que asomaba en el bolsillo. Tenía una camisa azul y zapatos de lona. Se había hecho un gorro con un pañuelo de cuadros anudado en cada punta. Le bailaba la risa en los ojos y la vida en el cuerpo. Venía agitado a conocer a la Ana, ahijada de su mama.

Llegó precedido por las piruetas y cabriolas de un perrito zhirbo de color indefinido, “Pulchungo” se llamaba, pero el chico le decía sólo «¡Chungo, Chungo!».

Desde que se miraron nació la amistad: una amplia sonrisa floreció en la cara de ambos, aunque no llegaron ni a darse las manos. Ana supo que tenía un amigo, mejor... dos amigos, o uno y medio; que todo se le hacía más liviano.

El guambra, después de darse vueltas por la tienda —que era dormitorio, comedor, y que un caramanchel empapelado de calendarios dividía para hacerla al mismo tiempo panadería durante el día—, llamó a Ana hacia la azotea enladrillada, en donde estaba el bracero y a un lado el gran horno con su boca fragante: había acabado de dar a luz su hornada de media mañana, y las brasas encendidas le pintaban un aspecto de carcajada cálida.

Pero lo que el Toño quería que viera la Ana era otra cosa: era el río corriendo abajo entre las piedras. Arrimados a la balaustrada de columnitas vidriadas, en donde de trecho en trecho perfumaban el aire los tiestos de albahaca y poleo, mejorana, sangorachi, escancel y toronjil, los dos chicos se embebieron en la visión líquida del río que se iba llevando sus corazones no sabían dónde. Y los dos, con un impulso instantáneo, se agarraron de las manos como para asegurarse: estaban sellando una alianza, era como un pacto de agua, como fumarse una pipa de la paz hecha de rumor de río, olor a pan caliente y hierbabuena.

“Chungo” bailoteaba entre las piernas de los amigos, como diciendo «yo también soy del paseo», y los dos a un tiempo se agacharon para subirle a la balaustrada a que él también pudiera ver el Tomebamba. Lanzó unos ladridos jubilosos y salió disparado con los chicos detrás.

* * *

Los compadres hablaban adentro en serio: —«Comadre Eloísa, quiero dejarle a la Anita con usted, ya es hora de que se vaya haciendo mujercita. Quiero que usted me ayude, que le enseñe a rezar, a trabajar en cosas de

mujeres. Quisiera que aprenda las letras, que se desmonte. Hasta ahora ha sido como un animalito del cerro.» Y el hombre sentía, mientras hablaba, que el corazón se le hacía chiquito y un sabor de lágrimas en la boca. —«Me muero de pena, comadrita, pero yo sé que en sus manos estará segura; el Antonio es guambra chico todavía y la Anita le puede servir de ayuda y compañía a usted también.»

—«Sí, compadre, yo sabía que cualquier día me traería a mi ahijada», dijo la mujer mientras remolineaba sus centros bordados por la habitación, acomodando el pan en grandes canastas que cubría con manteles muy limpios para sacar a los mostradores que daban a la calle.

«Es una chola donosa esta comadre», pensaba taita Pacho. «Y corajuda; cómo ha hecho frente a la vida solita, después que el maestro Mejía murió, aplastado por el árbol que tumbaba para empezar una construcción en el barrio del Vergel.» Ella no se había quedado llorando: pensando en el hijo se amarró bien los bolsicones a la cintura, se puso un delantal a cuadros, con los últimos ahorros compró una artesa linda y desocupó el horno grande que tenía lleno de cosas inútiles. Acomodó la tienda donde dormía con su guagua en la única cama que ahora se le hacía inmensa sin el cuerpo fuerte y amoroso de su Manuel, y abriendo la puerta de cuatro hojas de par en par se puso a vender pan: hasta los gringos que pasaban con sus máquinas de fotos al hombro, para tomar vistas del río, se tentaban con el olorcito del pan: —«¡Coma, pes, suquito. Venga verá los “mestizos”, los “tuguanes”, la “costra”, las “paspas”. Calentitas están, lleve, lleve!» Y como la chola era bella, con sus trenzas brillantes, sus ojazos negros, los zarcillos que espejeaban rozando sus mejillas rosadas, espigada, siempre con tacones altos, con polcas llenas de encajes



que el Manuel le había comprado porque estaba loco por ella, vendía, vendía mucho. De las casas grandes mandaban a traer el pan a las seis, de la primera hornada del día; a las once salía la segunda, y las chicas de la Escuela de las Oblatas, los señores que regresaban al mediodía a sus casas, las señoras, las guaguas, todos, caían a esa horita del hambre, y la Eloísa no se alcanzaba: —«¡Espera, pes, cocolo, no tengo cuatro manos!» —«Niña Rosita, ¡venga, venga!» —«Doctorcito, le doy el pan de agua que le gusta, como el de Francia que usted dice.» Las “rodillas de Cristo” están sabrosísimas con el queso fresquito. Y el “mollete”. Tenía tanta gracia para vender que el pan se le iba volando.

A la tarde amasaba bastante, pues a las cinco ya pasaban comprando para el cafecito o la merienda. Así, trabajadora, hacendosa, huarmi, la Eloísa iba criando a su hijo. Le mandó a la Escuela de los Hermanos Cristianos; estaba ya en cuarto grado, porque el guambra le salió un oro.

El negocio había crecido y sí le venía bien una ayuda. La Anita podría ser ese apoyo que necesitaba; le enseñaría a amasar, podría hacer la comida mientras ella vendía, entre las dos lavarían la ropa bajando al río. —«¡Qué lindo tener una mujercita en casa!» Y sintió que el corazón se le esponjaba: —«¡Y está bonita la doncellita! Se la ve buena, limpiecita.»

—«¡Bueno, compadre, déjeme a la guagua! ¿Para qué se va a ir otra vez? ¡Déjela ahora mismo, ya ve cómo se han hecho amigos con el Toño en seguidita! Aproveche ahora que está encandilada con la novelería.»

El taita sintió las manos húmedas y de puro hombre no quiso dejar ver a la comadre las lágrimas que le fueron raspando la garganta. —«¡Dios

se lo pague, comadrita! Así voy a hacer, pes. No sé si aguante hasta el otro jueves para venir a ver a mi guagua. Y mejor me voy, porque no quiero despedirme de ella.»

—«Venga, venga verá, compadre. Asómese a la baranda.» Se asomó y vieron a los chicos, y al perro corriendo en la orilla, jugando a las escondidas entre los sauces. —«Muertos de gusto están. Ya verá como se enseñan. Y usted, no tenga pena, venga cuantas veces quiera, tráigame la leña todos los jueves, yo voy a decir a mi casero Don Barbecho que él ya no me traiga más. Vaya, vaya antes de que suban los guambras. Tome un vasito de chicha, y vuele antes de que la Anita se dé cuenta.»

El hombre casi se atraganta con la chicha que le dejó sabor de pena. Salió limpiándose con el dorso de la mano, agarró la sogá de la mula que coceaba en la calle, amarrada al aldabón de la portada, y se fue, queriendo demorar el paso, pero en realidad corriendo para no tener que ver por última vez a su hija.

* * *

Anita subió agitada y dichosa, con las mejillas encendidas, y la comadre la acogió en sus brazos, le acunó como a una niña y le contó todo: no tenía que sufrir, ella le iba a querer como una mamá, y además el taita estaría viniendo a cada rato.

Como era jueves salieron los tres a comprar una cujita en la feria de “la Nueve de Octubre”, un colchón a rayas, unas sábanas con pajaritos y una colcha azul con grandes flores blancas. ¡Qué belleza, la feria! Muebles

pintados con aves y flores, polleras volando en alto como inmensas corolas, paños con sus anchos flecos de nudos formando encajes con escudos, animalitos, pájaros y leyendas. A la chica se le iban los ojos: rebozos morados, azules; cobijas; ponchos de Cañar; cushmas y camisas bordadas, fajas, oshotas y alpargatas: ¡Una fiesta de colores!

Tímida de ver tanta gente y tanta cosa Anita iba pegada a su madrina, y la Eloísa, donairosa, parlotaba de aquí para allá. El Toño era el dueño de la plaza, seguido de su “Chungo”, o “Shungo” —porque para él su perrito era su corazón—, brincaba por encima de los puestos de hojalatería, faroles, mecheros, arneros, tostadores, que chisporroteaban al sol del mediodía. Las olleras gritaban al guambra con miedo de que sus cazuelas, sus “medianos”, sus macetas y ollas pudieran salir lastimados. La Anita se había quedado fascinada viendo las ollitas pequeñas, y la madrina, para que estuviera contenta, le compró algunas: una olleta, una chocolaterita, dos ollas y una cazuelita. También una cocinita de hojalata y un soplador de colores. Quería que pusiera ilusión en esas cositas de mujer. Y al Toño, para que no se sintiera celoso, un bello trompo con una piola bien larga. El chico se calmó un poco y empezó a hacer una exhibición de sus habilidades. Le hacía volar zumbando y le recogía en la palma de la mano como si fuera un pájaro. El clavo le hacía cosquillas y el guambra se reía. La Anita le miraba asombrada, pero se hacía la disimulada. Pasaron por entre puestos de hierbas y medicinas de todas formas, olores y sabores. La madrina aprovechó para comprar el ishpingo, la canela y el clavo de olor, el romero, el llantén, la ortiga, todas esas hierbas que una mujer debe tener en su casa por si acaso. Luego les brindó jugos de gullán y tomate para el calor.

Al llegar al cuarto, ya la Anita estaba conquistada por el lindo ambiente de la ciudad limpia y asoleada, y especialmente por el cariño de su madrina y la amistad alegre del Toño y su perrito.

La Eloísa acomodó la cuja, entre las dos tendieron la cama; por la noche el biombo que servía para separar la tienda del dormitorio se utilizaría para apartar un poco a la chiquilla, haciéndole un cuchito propio en donde pondría sus nuevos juguetes y sus pocas cositas. Desde ese momento, allí estaría su hogar.

* * *

El taita, entre tanto, remontaba ya el último recodo del camino, con unas cuantas copas de más que con los compadres se había tomado en la cantina de mama Cunshi, antesitos de la Virgen del Milagro. Llegó a la casita vacía y sola a dormir la chuma y la pena. Al otro día, además del chuchaqui le dolía la soledad, todo le parecía triste aunque brillaba el sol, y mientras desherbaba el maicito, sentía que le rodaban lágrimas de hombre por las mejillas curtidas. —«¡Ay, cuándo será jueves para volver donde la Anita! ¡Astaray, cómo ha sabido quemar la pena! Achachay, la casa fría y sola!» Se sintió viejo, viejo.

* * *

El jueves, apenas habían cantado los gallos, se puso en camino. No llevaba las mulas de leña. Sólo de pensar que iba a tumbar los arbolitos que la Anita quería tanto se contuvo de ir al monte. Allá se hubiera sentido más solo. Pasó la semana mejorando la huerta. Escogió los choclos

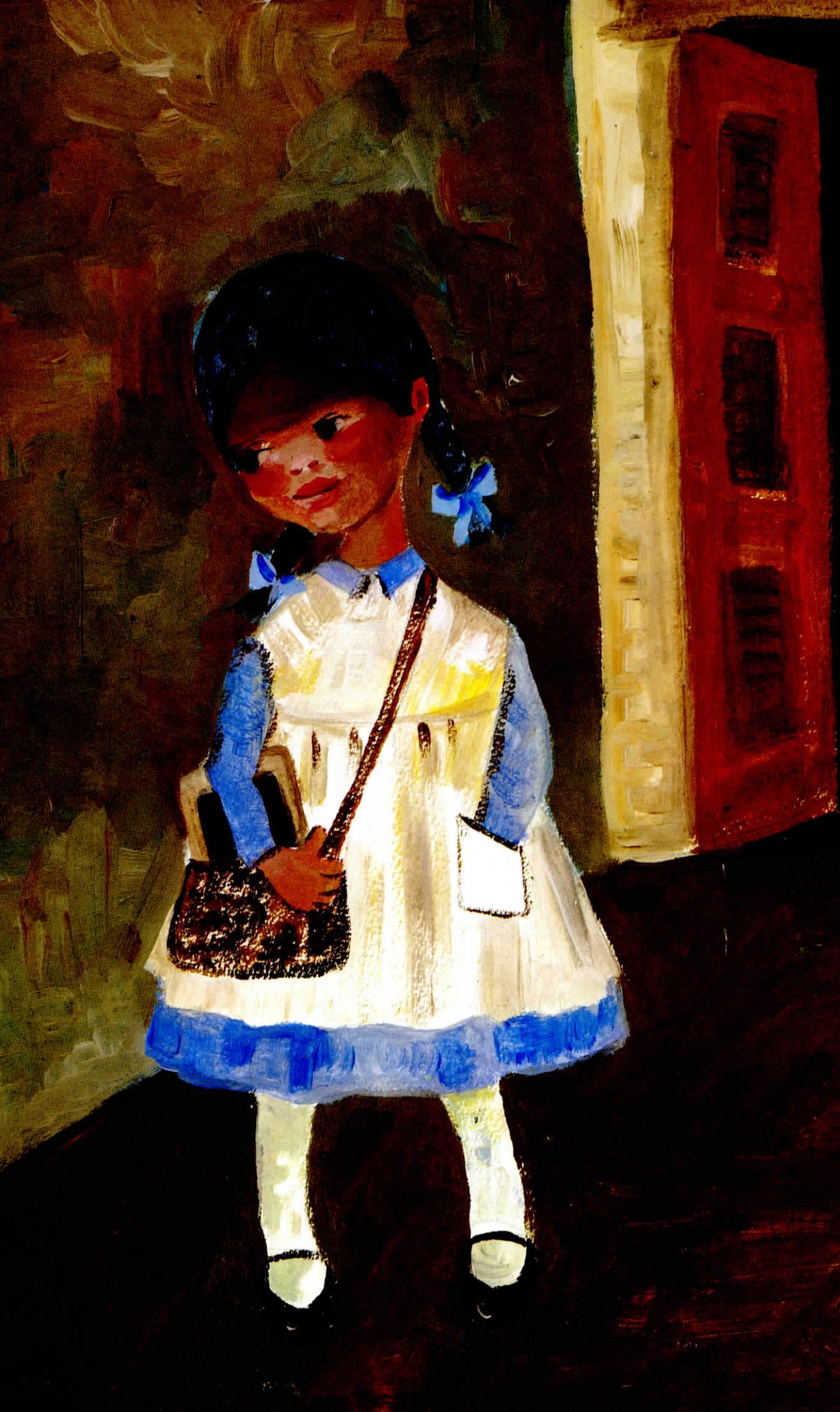
más gruesos y bajó para Cuenca. De paso en la Calle Vieja quería hablar con su primo Mañungo a ver si le daba trabajo en la ollería. Y cuando la Anita volviera para las vacaciones le daría la sorpresa: iba a hacer ollas, macetas, “medianos”. Aprendería a hacer el vidriado. No, nunca más cortaría árboles, su guagua iba a estar contenta de él. El Mañungo se encantó de verle a los tiempos, dejó en el torno su carrera en chulla pie, acarició la olla panzona que estaba modelando con sus anchas manos y, después de limpiarse en el delantal, le brindó un buen zhumir que le abrigó el alma.

Para despedirse le hizo amarrar una linda olla motera para la comadre Eloísa y le mandó muchos «saludes a la chola más guapa de la vida». Cuando llegó a la panadería ya tenía otro ánimo, estaba alegre porque iba a ver a la hija y... a la madrina.

—«¡Qué's pes, mi compadre Pacho! ¿Por qué se ha molestado pes? ¡Qué ricos choclos! ¡Qué bella olla vidriada, cómo relumbra! Le voy a hacer arishca ahorita mismo a que vaya sirviéndose unos chumales.»

En el bracerero de afuera paró la olla sobre los carbones, le echó un buen puñado de sal y con la cuchara mama fue meneando poco a poco hasta que se calentara.

El compadre le miraba trasigar contento. Volvía a sentir esa sensación entre inquietud y ternura que hacía tiempos no había sentido, desde que su mujer, la Juana, se le muriera. Estaba tan abstraído en el rito que su comadre oficiaba para hacer los chumales, mientras conversaban de todo un poco, que no se preocupó de la ausencia de su Ana. Además se les



veía abajo: ella lavando unas ropas, el Toño echado de barriga en el llano con el “Shungo” adormilado entre los brazos.

* * *

Así, cada jueves bajaba a Cuenca. Mientras tanto la chica se iba haciendo más hábil para las cosas de la casa. La madrina le enseñaba con paciencia la Doctrina Cristiana, que era lo que ella sabía, y a cocinar, amasar, hornear, lavar. Pasaban largos ratos juntas.

Ya llegaría octubre. Ya estaba matriculada donde las Madrecitas Oblatas. Había que dejarle que goce sus últimos días de asueto. Cuando se desocupaba de sus tareas de mujer, la Anita salía con el Toño a la acera y jugaban a la rayuela: sobre un avión, pintado con un trozo de carbón o de ladrillo, saltaban horas enteras. El le enseñó a hacer bailar el trompo, elevar cometas, tingar las bolas. La madrina le decía que ésos eran juegos de longos. Le enseñó “la zapatilla”, “la canastita sentada”, “la candelita” y el “mantantiruntirunlá”, y se ponía a jugar a veces con ellos en la azotea de atrás, mientras el horno acababa de llenarse la boca con el pan de la tarde. El Toño prefería irse al río con su “Shungo” y no jugar “juegos de maricas”.

Así pasaron las vacaciones y la Anita fue a la escuela. La Eloísa se esmeró en el ajuar de su ahijada: delantal blanco, zapatos negros, cintas azules para el pelo. Y en un lindo carril de mimbre, el Catecismo, la Doctrina Cristiana, la Historia Sagrada, el Libro de Lectura, tablas de suma y resta, cuadernos de una, dos y cuatro líneas y de dibujo. En una petaquita con tapa, los lápices de colores, de papel y pizarra, los canuteros

y plumas, borrador. Y la pizarra dando su gran bostezo cuadrado entre su boca de madera clara. ¡Qué hermosura! ¡La Anita estaba feliz! Con el Toño, que le enseñó, forró los cuadernos y libros, él le puso el nombre en los membretes: “Niña Ana Ríos Shañay, del 1.^{er} Grado.” En la Cartilla, imitando lo que el Toño había escrito y preguntándole disimuladamente, acomodó los signos y con unas letras patojas puso: “Ana de los Ríos”, y para guardar su secreto, forró la Cartilla con un papel azul.

* * *

Octubre: cedacito nuevo... La Anita sacó 10 en todas las materias. Noviembre: novelería de las fiestas: a ella, a la madrina y al Toño el tiempo se les fue volando.

El taita cada jueves llegaba a visitarles y cada jueves regresaba más tarde, pues se le había endulzado la vida con un amor callado y hondo por su comadre, que se dejaba querer, consentidora. La Anita ni notó que su taita no traía las mulas ni la leña, estaba embebida en su nuevo mundo, y en noviembre, después de mostrarle la Libreta, que él no entendió pero que recibió orgulloso porque le dijeron que era la mejor del Grado y que las monjitas están muy contentas, ella le escribió en la pizarra haciendo silvar el lápiz contra la superficie negra: «Yo amo a mi papá.» Y deletreó: «y-o, yo a-m-o, amo a m-i, mi p-a-p-á, papá: Yo amo a mi papá». El taita se sintió “papá” por primera vez, pero pidió a Mama Virgencita dentro de su corazón, que la guagua nunca dejara de llamarle “taitico”.

Diciembre: la madrina Eloísa estaba de prioste para el “Pase Grande

del Niño”. ¡Qué trajín!: ¡Qué ajetreo todo el tiempo! Las vecinas entraban y salían a toda hora. Los dos guaguas serían “Mayorales”.

Empezó el ir y venir de las cholitas togadas, con sus mejores ropas, sus mejores joyas, a pedir a los niños de casa grande para “San José”, “La Virgen”, “los Reyes”, “el Ángel de la Estrella”. Iban con charoles de bizcochuelos, quesadillas, pan de dulce, cajetas de guayaba y membrillo, cubiertos con tapetes almidonados. ¡Y las jarras de chicha!

La Eloísa era la más buena moza. Tenía unos zarcillos “dormilones” preciosos, que el difunto Manuel le regaló el día en que se casaron y que lucía en fechas muy especiales. Su paño de Sullcay, tejido para ella, su polca blanca de seda espejo con encajes, sus polleras bordadas y su centro de paño verde oscuros, sus gargantillas, su rebozo morado: todo le hacía parecer un arbolito florido que espejeaba en los aretes, las lentejuelas del fleco anudado del paño, los zapatos de charol, en sus ojos, su risa, toda su persona. Era la más linda y, además, su libertad de viuda joven hacía que no tuviera que estar sujeta al marido para todo. Las otras tenían que atender a los guaguas, esperar al hombre para la comida, curarle la chuma de los días de fiesta y aguantar sus malos tratos.

Ella se dedicaba a sus dos guaguas y a la panadería, era independiente. Las amigas se reunían donde ella, casi siempre en la azotea de atrás que daba al río. Así, vigilaba el horno y corría al mostrador. Estaba en todas partes.

* * *



Llegó al fin el día del “Pase”. El compadre Pacho había venido la víspera para la velación y había traído dos caballitos bien enjaezados que consiguió que un vecino le prestara, de esos caballitos del campo pequeñones pero esbeltos y ligeros. Habían preparado entre todos el castillo con la ofrenda. ¡Maravillas!: el pan amasado con vísperas, las “guaguas”, animalitos y flores, molletes; los había de sal y dulce, eran la especialidad del barrio de Todos Santos y la comadre se había esmerado para lucirse.

Los caballitos estaban vestidos hasta las patas, con ristras de plátanos, chirimoyas, aguacates; guirnaldas de vainitas, porotos, arvejas, ajíes; banderines y cintas. Y cuando “los Mayoralitos” salieron, ¡qué admiración!, ¡qué regocijo!: —«¡Velay! ¡Qué belleza de la Anita!» Con los zarcillos de la madrina, el pelo trenzado con cintas de colores, el sombrerito calado de paja toquilla, con el ala levantada y prendida con un broche adelante para que se le viera bien la hermosa carita, la polca celeste, la pollera anaranjada, el centro azul oscuro, el paño de Gualaceo que la madrina le puso como una sorpresa al rato de salir, los zapatitos de medio taco, las pulseras, los collares... Cuando el taita le amarcó para subirle al caballito, reventaba de orgullo ante los vecinos: ¡Qué linda estaba su Ana! Así quería verle de Mayorala, como se merecía. La niña, chapudita de la emoción, se sentía alegre y un poco tímida.

Toño, en el otro caballito más chico, iba vestido con zamarro y poncho corto de Castilla, botas y sombrero alón de paja. Le habían pintado bigotes y patilla y se le veía chistoso, no quería soltar a su “Shungo” y le llevaba acomodado delante en la monturita, entre frutas y banderas.

Detrás, a la grupa de la Anita, la famosa cazuela de papas con color y el gallo cocinado con el billete de mil en el pico. Y a la del Toño, el cuy con el billete de cien: así tenía que saber la gente que la Eloísa era una prioste de alto copete, pues para eso había ahorrado todo el año, en su baulito de lata pintada, de cada diez sures de ventas, «uno para el niño bonito, para mi Longuito del alma».

El grupo de todos Santos se encaminó para juntarse al “Pase Grande” y taita Pacho aprovechó para arrimarse a su comadre; él también se había “echado el resto”: sus botines bien “lustreados”, su terno de casinete gris a rayas, su camisa rosada y el sombrero pintón que acabó de tejer y hormar para esta ocasión. —«¡Qué futre mi compadre!», había dicho la chola al verlo llegar «con esa ropa se le ve guambrito, ¡caray!», y él sintió que se ponía colorado y que el corazón se le hacía “turumbas” en el pecho.

La víspera, en la velación, ya cuando le dieron la vuelta al Niño, nariz a la pared, y se armó la farra, le había sacado a bailar y hacían una linda pareja. Cuando los guitarristas gritaban —«¡Viva el Niño Jesús!» y al final, ya chumado el arpista, —«¡Viva la dueña del cuarto! ¡Vivan los novios!», la chola no se había enojado, sólo se había reído y le había mirado con esos ojos pícaros que siempre le derretían.

El “Ángel de la Estrella” abría el cortejo en su blanco caballo de paso de largas crines y cola que hacía cabriolas majestuoso y elegante. La capa blanca orlada de encaje dorado del ángel tapaba al animal hasta el suelo y con sus alas parecía que iba a echarse a volar en cualquier momento, como ese Pegaso de los calendarios antiguos.

Le seguían Gaspar, Melchor y Baltasar. ¡Qué lujo! Las coronas de papel dorado y pedrería de oropel sobre las risadas pelucas y barbas, los mantos inmensos de seda espejo: rojo, verde, amarillo, cobijando las ancas de los caballos. Y el “Rey Negro”, con su negrura de corcho quemado, blanqueando poco a poco a lo largo del camino. Los gringos tomaban fotos desde las aceras y especialmente a la Anita que estaba muy linda...

Luego de la Misa, la fiesta en la casa de la Prioste mayor: La chicha, la banda; para los guaguas el pan con dulce, las colas. Y después el chancho, los cuyes, el trago y... ¡a darse la buena vida! El Niño perdonaba todo.

Los chicos se durmieron pronto; el sol y las emociones les habían dejado agotados. Después les habían llevado cargados a la panadería y se despertaron tarde, arrullados por el rumor del río. La Anita pensaba sola: «Ayer un río de gente, música y colores; ahora el mismo río de agua que no acaba de pasar...»

* * *

Los días pasaban también como arroyitos pequeños y hacían un río grande que eran los meses. Para los chicos en la escuela eran ríos de letras, números, juegos y carreras, marcados por las fiestas mayores.

Y llegó el tiempo de Corpus y la fiesta grande del Septenario. La Eloísa, aparte del pan, horneaba las “roscas de yema”, las “enconfitadas”, las “arepitas”, el “pan de viento”. Todo el barrio olía a canela, clavo y dulce de guayaba. Los chicos ayudaban a hacer los “quesitos de hostia”,

los “huevos de bolsillo” y también a probar de todo hasta que llegara el empacho. La Eloísa puso una mesa grande en el Portal de la Catedral con manteles bordados y tul almidonado sobre los dulces. Los siete días Anita y el Toño salieron de la escuela directamente al parque. El “Día de los Obreros” la Anita se preparó especialmente. Bajó a la orilla del río y recogió retamas y geranios, despetaló con amor las flores, las puso en un canastito de dos orejas y, a la tarde, bien elegante, se colgó el canastito al cuello con una ancha cinta tricolor y se fue a la procesión. Sabía que su taitico había sido escogido para llevar una de las varas del palio. Le vio muy guapo en la catedral y fue a ponerse adelante del señor Obispo que llevaba la custodia con “Nuestro Amo”, muy devoto, pero que se distrajo más de una vez mirando a la chica tan graciosa con su carita sonrosada, sus ojos brillantes y la emoción e inocencia que ponía en todos sus gestos.

El Toño no se aguantaba, él estaba preparando los “piropos” para la noche; sentado abajo de la mesa de dulces de su mama, los amontonaba por colores y clasificaba los jebes para divertirse de lo lindo.

A las siete se abría la fiesta como una olla encantada.

El inmenso globo con la leyenda “Gloria al Santísimo Sacramento”, de tres o cuatro metros de diámetro, sube balanceándose orondo con su corazón de fuego en la noche. Y luego las bandas, los “cuetes”, los infinitos juegos pirotécnicos, las “palomas de luz”, las “flores de chispas” abriéndose en el cielo. Y los “castillos”: estructuras de filigrana ígneas. Más globos: los “guaguales”, con farolitos guaguas amarrados a su panza.



GIORIA AL SANTISSIMO

Y en la plaza los guambras que coquetean, los chazos y cholas dulceras que se lanzan pullas y desafíos. Los señores y niñas gustando desde los balcones, de barandas de hierro antiguo, entre dulces y mistelas, en esas hermosas casas del parque con elegantes escaleras rematadas en bolas de cristal de colores sobre las pilastras de los pasamanos, maceteros de porcelana, linóleos brillantes como lagos en donde naufragan flores, aves, paisajes y que da pena pisar por temor a trizarlos como espejos. En las salas, divanes con almohadones y muñecas de loza antigua, alfombras y mesas de mármol llenas de finos “bibelots”. Y en las barandas de hierro labrado, la fiesta del Septenario enredándose con su magia.

La Anita se mareaba de ver tanta gente dando vueltas y más vueltas, tanta luz, alegría y música; se pasaba pegada a la madrina porque viéndole tan bonita ya comenzaban a lanzarle piropos, no los del Toño, sino de los otros, «que no duelen pero sí hacen ponerse colorada». Ayudaba a despachar los dulces a los clientes que se tentaban de comprarle, no tanto por los dulces cuanto por las despachadoras. Y a la noche, antes de dormirse, oyendo el rumor del río, reunía sus pensamientos, sus visiones luminosas: los globos como inmensas pompas de espuma, las “palomitas de luz” como cascadas al revés, la música... Y pensaba: «El parque es como una laguna, da la vuelta, rodea el alma en aros de luces de colores: ¡qué bello!, ¡una laguna de luces de colores!»

* * *

Y al fin, Julio y los exámenes, la velada para entregar los premios, la comedia, las recitaciones. A la Anita, la Madre Superiora le prendió varias medallas con cintas en el pecho: “Aprovechamiento, Conducta,

Catecismo, Costura, Trabajos Manuales.” Y su taita, que vino para la ocasión y que estaba sentado al lado de su comadre, el rato de la emoción cogió la mano de ésta y así, al disimulo, ambos quedaron transmitiéndose todo el orgullo, toda la alegría de mirar que la Anita había sabido corresponder.

El Toño pasó el año raspando. Para lo que sí era bueno era para el fútbol, le habían puesto de guardameta del equipo de la escuela, no había quien le ganara en una buena tapada y sacaba la cara por los Hermanos Cristianos. La mama tenía motivos para estar contenta. Y llegaron los vientos de vacaciones trayendo mil cometas en el aire. Los chicos se sentían libres como ellas y volvieron a sus correrías por las orillas del río. Ya conocían todos sus recovecos en un largo trecho; habían realizado expediciones por los muros de las huertas; tenían escondrijos y cuevas; “hondos” sólo conocidos por ellos. Las lluvias de vacaciones de repente les traían sorpresas: a veces desaparecía una playita de arena; otras, era una piedra que cambiaba de lugar; de pronto, el sauce grande de la orilla apareció en la mitad del río.

Los chicos y el “Shungo” correteaban de aquí para allá, jugaban cocinando en tullpas, o haciendo casitas de adobes vaciados en cajas de fósforos que les servían de adoberas.

* * *

Taita Pacho ya no hablaba de llevarse a la Anita para las vacaciones. Más bien empezó a bajar a Cuenca con más frecuencia y sólo les invitó, un día, a pasar arriba en su casita.

¡Qué sorpresa para la Anita! En el cuarto que daba al corredor de adelante entró de la mano de su taita: —«Mi hijita, ya nunca más cortaré árboles, ahora soy ollero, vea cuántas cosas lindas sé hacer.» La chica, con la boca abierta, veía: ¡qué cazuelas vidriadas, qué macetas y platos, jarras chocolateras, ollas panzonas de todos los tamaños con el color cálido del pan recién horneado! —«Escoja, comadrita, la que usted quiera, vea esta lindota para el motecito, la cazuelita para que saque nata de la leche en su guardafrío que da al río. ¡Lleve, lleve las que quiera!» —«Y vos, Anita, a que juegues cocinando, lleva esa maltoncita a que hagas loco para el Toño, y esas macetitas para la azotea. Todo esto he estado haciendo para ustedes calladito. No he querido decirles nada para que valga la novedad. Estoy ganando bien. Los jueves bajo a la feria y mis cositas vuelan porque las hago con cariño pensando en ustedes.» Y remarcaba el “ustedes” mirando a la comadre con ojos de borrego muerto.

El Toño, mientras tanto, hacía girar el torno como loco. La Anita después de abrazar y besar a su taitico voló al maizal a visitar al Juancho. Allí estaba plantado como si lo hubiera hecho ella misma la víspera, igualito; el taita le había adornado; se agarró a la punta del poncho y empezó a bailar dando vueltas. Quitándole el sombrerito se puso a cantarle zalamera:

«El baile de mi sombrero
se baila de esta manera:
poniendo debajo el brazo
y dando la media vuelta...,
y dando la vuelta entera.»

El Juancho le guiñaba el ojo que se le acababa de caer por las volteretas y se reía con toda su risa de piedrecillas blancas... Anita, antes de que el Toño le siguiera, corrió al río y en tres brincos estuvo escondida en su piedra grande, ahuecada, tibia y azul como si hubiera acabado de parir al lucero del alba. Allí, alejada de todos, reencontró su alma líquida y se dejó llevar por la corriente que le inundó de ensoñaciones.

Sin embargo, algo notó en su río amigo y sintió como un presagio de cosas terribles, pues las aguas bajaban turbulentas y su piedra estaba mojándose más alto cada vez. Así que, rápidamente, saltó hasta la orilla y volvió corriendo donde estaban los otros, pero no les dijo nada. Terminó el día correteando con el Toño, el Juancho y el perrito.

* * *

De vuelta en Cuenca y en la tienda de su madrina, pues taita Pacho no hablaba de que la chica volviera a la suya porque la veía tan enseñada, y él también se había enseñado tanto a su comadre que algún día se animaría a pedirle que se casara con él, los chicos se durmieron cansados de tanto jugar al sol. Ana traía en su pelo una briznas de hierba y pensó: —«Mañana habrá que bañarnos y bañar al “Shungo”, porque le vi muchos shilanes enredados en su pelo pulchungo.» Pero a la madrugada algo insólito le despertó: venía del río, de su río, era un bramido bronco y salvaje, como de una manada de toros cerriles que mugieran a la vez. Recordó el camino de Sayausí; cuando por él bajaban los toros del páramo a la feria de San Roque, o para las corridas de los pueblos: era un río de toros negros, grises, manchados, que los indios guiaban de lejos, amarrados con largas betas entre silbidos y toques de la quipa. Sembraban



el pánico y todos corrían a esconderse tras las cercas de los pencos. La tierra retumbaba bajo los cascos.

Igual pasaba ahora: su camita temblaba, la casa crujía y se estremecía, el suelo vibraba y el río bramaba enfurecido. Ana sintió miedo, pero al mismo tiempo júbilo: era como una fiesta brava de la naturaleza: —«Debe haber llovido mucho en las alturas.» Pensó en el bosque de Mazán sumergido en la tempestad, en sus lagunas del Cajas recibiendo las aguas inmensas del cielo; en sus arroyitos convertidos en torrentes; en sus ríos de montaña transformados en cascadas: el Mihuir, el Quinuas, el Culebrillas, el Llulluchas, el Sayausí, juntándose y precipitándose en el Tomebamba. Y pensó también en los otros: el Tarqui, el Yanuncay, el Machángara.

Empezaba a clarear y fue a despertar a su madrina y al Toño para asomarse a la azotea. Cuando abrieron la puerta y se acercaron a la balaustrada, Anita se agarró fuerte de los dos porque tuvo la sensación del pánico. Abajo pasaba el río, pero era un río terrible: había crecido tanto que desbordaba las orillas, los sauces sólo asomaban lo más alto de sus copas y los más viejos eran desgajados de raíz, pues en la corriente galopaban piedras inmensas, árboles y ramas, animales muertos, pencos con sus raíces al aire, como manos desesperadas, troncos, restos de casas y de puentes.

La casa, colgada sobre el abismo, parecía un nido zarandeado por el viento: era la vibración de las orillas que se transmitía a todas las cosas y los seres. De pronto, Ana dio un grito: el puente de Todos Santos, el hermoso puente viejo, estaba aguantando en su arco central la presión de

todo lo que arrastraba el río, que se había atascado formando una como represa, atrancada allí, el agua iba creciendo; el puente se estremecía, aguantaba, se resistía y el agua llegaba con más ramas, con más piedras. ¡Era como un desafío!

—«¡Mal haya; Julián Matadero!», gritó Eloísa. «¿De qué te sirvió el bautizo cristiano si pareces el mismo diablo?» —«¡Santa Bárbara doncella, líbranos de la centella!» —«¡San Isidro labrador, quita el agua y pon el sol!», rezaba a gritos la chola sufriendo en carne propia la angustia de su puente.

¡De pronto, el agua hizo una última arremetida y el arco estalló con un gran crujido de impotencia e ira! ¡Parecía el fin del mundo! Las aguas se precipitaron y el Julián Matadero siguió su curso, furioso, haciendo de las suyas.

Los chicos, ateridos con la lluvia y la angustia, se refugiaron en la tienda. La Eloísa les preparó draquecitos con una buena punta para que no se fueran a enfermar y a que les pase el susto. Pero la Ana no quería despegarse de atrás de la ventana. Le atraía ese cataclismo líquido, le fascinaba ese ruido atronador, esa vibración de la tierra, esa como danza salvaje del río haciéndole la ronda. Su río.

La niña empezaba a presentir el Amor. Su corazón, en esa madrugada, comenzaba a abrirse hacia nuevos misterios...

* * *

Cuando el día fue empujando las sombras y la lluvia se hizo menos fuerte, empezaron a llegar las noticias; las compradoras del pan de la mañana traían las novedades: —«¡El Matadero se ha llevado el puente del Vado y el del Vergel! ¡Está inundado todo! ¡Que Dios nos proteja!»

—«¡Cuidado con acercarse a las orillas, Anita! ¡Toño, cuidado con el río!»

Los chicos, en cuanto pasaba la lluvia, volvían a la azotea. Les atraía esa furia, ese rugido de la corriente. Pero poco a poco ésta iba bajando y dejando cambiado el ambiente tan familiar para ellos.

La Ana pensaba en su piedra grande: ¿seguiría donde siempre había estado? ¿Estaría a la vista? Ella creía que sí: era tan grande, tan firme, tenía que estar allí, esperando para poder acunarla.

El río se fue calmando, paulatinamente, y el sol salió para acariciar sus lomos y tranquilizarle. Las orillas volvieron a aparecer, aunque un poco distintas. Los chicos miraban largas horas el río. Había un entendimiento callado entre él y ellos. Les estaba prohibido bajar y durante una semana se aguantaron. Anita peinaba sus trenzas y esperaba para poder lavarlas en el río; se la veía pensativa, soñadora. El Toño había sacado al “Shungo” uno por uno los shilanes, hasta poder bañarle.

Al fin, la comadre Eloísa les dio permiso, pues el río pasaba ya tranquilo después de haber hecho tantas maldades. Era jueves y quería quedarse a solas con su compadre.



La Anita se había bañado y su pelo estaba todavía húmedo; metida hasta las rodillas en el agua lavaba su ropa. El Toño bañaba a su “Shungo” que se agitaba intranquilo. ¡De pronto, el animalito enjabonado se le escurrió de las manos y se fue en la corriente dando tumbos! El chico, desesperado, sin pensar en lo que hacía se lanzó al agua tras él y empezó a irse también, sin poder hallar asidero en las ramas cercanas. La Anita, oyendo sus gritos, no pensó dos veces: ¡tenía que salvar a sus amigos! Se quitó la pollerita para que no le pesara y en camisa se echó al río: ¡era más grande y fuerte que sus amigos y además sabía nadar, por algo había crecido en el agua!

El Toño alcanzó, en su desesperación, a agarrar al “Shungo” por la colita y pudo, no se sabe cómo, afirmarse entre dos piedras hasta que la Anita llegara a ellos y con mucho esfuerzo les arrastrara a la orilla. Pero la niña estaba desfalleciente y después de empujar con su último aliento a sus amiguitos para que treparan al sauce grande que prolongaba su tronco sobre el agua, perdió apoyo y la corriente se la llevó.

Ella no se resistió: tenía una sensación cálida y dulce. ¿Sería Amor? Y se sentía mecida en unos brazos líquidos. No quería luchar. Se entregaba y se iba, se iba... También se iban con ella el delantal de la escuela, los pañuelos con la “A” de Ana, o de Ala, y las flores que había recogido para el altar de su madrina.

Era Ana del Río, Ana de los Ríos... y podría llegar a ser Ana del Mar, de las Perlas y los Corales... Y también Ana del Cielo, de las Siete Cabrillas y de la Cruz del Sur...

Ana Ríos... Ana Luz... Ana Resplandor...

* * *

Taita Pacho, la Eloísa y el Toño, agarrados de la mano, lloraban y sus lágrimas caían al río. Era una manera de irse con ella.

El "Shungo", ladrando y sacudiéndose, corría por la orilla